**EL RENACER DE LOS MUÑECOS**

Nicolas Bautista F.

**Nicolas Bautista F.**

EL RENACER DE LOS MUÑECOS

1

LA PRIMERA PIEDRA

Una bella mañana de abril, Roderick se encontraba de camino al trabajo y como de costumbre pasaba por un café en una cafetería cerca a su casa, no hay mejor placer que aquellos que hacen feliz el alma, es de virtuosos disfrutar la vida misma en algo tan simple como esto, además, era un premio bien recibido. Trabajaba seis días a la semana en un periódico, haciendo columnas sobre la historia universal, cosa que quizás nadie leía, pero pagaban muy bien por estar 10 horas sentado frente a un papel y un lápiz haciendo aquello que amaba, escribir.

—¡Gracias! —Dijo apurado después de mirar el reloj en su muñeca—faltaban 5 minutos para las 9:00, ya debía estar subiendo a trabajar… pero aún estoy a 15 minutos del edificio.

A dos calles de la cafetería, Roderick pasó corriendo lo más rápido que sus piernas le permiten, luego de pasar frente al banco en esa calle dobla por la esquina donde iban varias patrullas policiales. Justo al momento de verlas un fuerte empujón lo hizo víctima de la gravedad y estrelló su cabeza contra el suelo. De inmediato estaba aturdido; Un ruido agudo invadió todo su oído, el mundo giraba a su alrededor, trataba de levantarse y recuperar su rumbo hacia el deber, pero algo se lo impedía. Con la vista borrosa y el constante ruido agudo en sus oídos intentaba descifrar lo que había acabado de suceder. Al recuperar la suficiente fuerza para ponerse de pie y poder aclarar sus sentidos, observó que alrededor había mares de personas corriendo en dirección contraria al banco, «pero ¿qué sucede?», pensó Roderick.

—Levántate de ahí, idiota. Si quieres morir, no estorbes —le gritó uno de los policías, cubierto detrás del auto.

—¡CORRAN! —Exclamaban varias voces dentro del mar de gente allí aglomerado.

Justo en ese momento, en el edificio de finanzas, frente al banco, daba paso a otra explosión unos pisos más arriba de lo sucedido en la calle. Allí podría comprobarse que la velocidad de la vista es mayor a la del sonido, porque permitió, a quienes vieron esto a tiempo, ponerse a salvo de las rocas que caían como meteoritos desde las alturas. Aún se escuchaban restos sonoros del estruendo, revuelto con los gritos desesperados de las personas cuando, la onda expansiva y la vibración de los pisos inferiores desencadeno un inmenso desprendimiento de escombros que iban directo a los que se encontraban embelesados viendo a los trágicos ojos de la muerte.

Roderick que se encontraba como víctima de un potente somnífero, hacía su mayor esfuerzo por escapar de su destino final. Sus esfuerzos por evitar los escombros fueron en vano, Roderick se encontraba en un éxtasis de dolor con su tren inferior totalmente cubierto por los restos de la explosión del edificio. Solamente la policía sabía lo que estaba ocurriendo en aquel «pacífico» lugar, las demás personas incluidas Roderick eran presas de la incertidumbre y el pánico, unos solo por temor de sus vidas y otros porque están justo en frente del final de la suya.

Con la poca consciencia que aún tenía Roderick en su cabeza, pudo sentir un golpe directo en la parte trasera de su cabeza y logró oír su propio estertor de dolor, sus extremidades aún libres empezaban a enfriarse, su cara pálida —por el dolor o porque una fuerza mayor arrastraba su alma fuera del cuerpo—, sin poder mover una pequeña parte de su cuerpo y justo en ese instante todo quedó en una penumbra total.

2

Despertar

—Señor Brambilla... Señor... —Escuchaba a lo lejos Roderick, pero sentía su cabeza como dentro de un gran lago. Oía muy a lo lejos y con bastante distorsión.

Roderick se percibía suspenso en el vacío, en un espacio oscuro, sin poder hilar un pensamiento, hablaba para sí mismo en esa penumbra. Decía, «¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?», instantáneamente olvidaba lo acababa de decir. «¿Qué dije?», pensó. Justo ahí se empezó a alterar, solo, con la capacidad de pensar para sí mismo y perdía el recuerdo de lo que estaba en su mente. Se esforzaba por mover su cuerpo en aquel lugar y sin lograrlo seguía intentando, parecía atado dentro de un profundo y oscuro lago.

Vio pasar imágenes rápidamente por su cabeza, volvía a escuchar voces que lo llamaban, pero cada vez se acercaban un poco más. No estaba muerto, quizás no por el momento.

Llegó a sentir una mirada frívola y maliciosa en aquel vacío, aunque, más bien, cautivadora y atrayente. Esa sensación se aplacaba con cada voz que se acercaba un poco más.

—¿Señor, me escucha? —Le retumbó el sonido de esa voz, no por el tono, sino por la calma con la que le llamaba mientras de fondo había una algarabía.

—Rod, estúpido, despierta... te necesitamos para el trabajo —Unas palabras quebradas por el evidente llanto, pero se escuchó familiar para Roderick.

Momentáneamente, Roderick contempló un tranquilizante haz luz que, poco a poco, se iba fragmentando con el insoportable dolor proveniente de sus adormecidas piernas, además una espantosa jaqueca causada por el impacto de la roca en su cabeza. En ese momento deseó no salir nunca del inquietante vacío. Al despertar y sentirse como sapo de otra agua, se fijó en la aglomeración de gente en ese lugar, además de seguir escuchando un agudo sonido dentro de su cabeza, acompañado de un cuerpo entumecido casi por completo.

—¡JEFE, BRAMBILLA DESPERTÓ! —Exclamó una voz bastante familiar para Roderick. Era su molesto compañero de oficina, mejor amigo, dirían otros,

El jefe del periódico emprende carrera hacia donde estaba ese montón de chismosos, agarrando fuertemente su celular para no perderlo en el gentío, al ver a su empleado allí dio un respiro de tranquilidad y siguió atendiendo la llamada.

—Jefe..., al parecer hoy no logré llegar. No... no me vaya a... despedir, por... —Roderick intentó decir aquello con un notable esfuerzo, quizás el daño en él era más grave de lo que se creyó en un inicio.

Inmediatamente Roderick perdió nuevamente la consciencia y como había sucedido anteriormente, se halló suspendido en aquella oscuridad, pero esta vez había algo diferente.

—Escritor e historiador Brambilla, es para mí un verdadero placer saber que puede entrar en contacto conmigo —Decía una voz con bastante elocuencia y claridad, aunque parecía estar allí dentro de ese vacío con Roderick—. Siento que haya tenido lugar en tan fatídica situación para usted.

Roderick quedó perplejo y no dijo nada.

—Hablaremos con más calma cuando llegue el momento, señor, pero por ahora necesito que despierte y vuelva a su realidad —Hablaba mientras el sonido de su voz se perdía en el espacio.

—¡Espera! ¿quién er...? —Despertó de golpe, aunque no en la calle donde se encontraba originalmente, sino en la habitación de un hospital.

3

La Oscuridad

En un lugar lejano a Roderick.

Antiguamente era Bizancio o la aclamada Constantinopla, hoy llamada Estambul, capital de Turquía, esta ciudad ha sido testigo de alzamientos de imperios e innumerables caídas de los mismos. Una ciudad tan venerada por su poder, riqueza y sabiduría se encuentra relegada a brillar por su pasado y albergar turistas que miran las extensas bellezas como la Catedral de la santa sabiduría de Dios. En este lugar se encuentra un poderoso y multimillonario arqueólogo y dueño de una cadena de transportes encargada de llevar miles de cargas por aire y tierra a través de la legendaria ruta de la seda.

Justo debajo la famosa Mezquita Azul se encuentra la red de tráfico de armas más grande de Eurasia, el mercado negro más imponente que se haya visto en el planeta. Su dueño es el plausible arqueólogo multimillonario, Fabián Bono, persona la cual ante el medio era la más venerable, pero en persona era la palabra repudiable en todo su esplendor. Osaba utilizar su riqueza para pisar a quien él quisiere cuando se le antojase, además, si se hablara de la procedencia de todo el dinero que guarda en sus cuentas, habría que exponer al público al más audaz criminal alrededor del globo.

Hace, aproximadamente, unos 30 años

Su padre, Fiodor Bono, se había ganado la mayor parte de su vida como trabajador humilde en construcciones dentro del continente suramericano. Él, había entregado su vida al trabajo desde que una irresponsable aventura dejara a Teresa del Rosario, una afamada arqueóloga del continente, reconocida por haber participado en excavaciones donde se hallaron variedad de tesoros precolombinos en Colombia. Justo después de conocerse en un terreno predispuesto para la investigación por el Museo Metropolitano de Arte de New York y, también autorizado por el gobierno de la República de Colombia, excavación en la cual la encargada era Teresa y Fiodor un encargado de mover escombros y colaborar con las exigencias de la hermosa señorita —según Fiodor.

Al cabo de los días, y —según los informes redactados con los no tan minuciosos análisis del ayudante de Teresa—, no se halló nada de relevancia en aquel lugar, solo fragmentos de lanzas partidas. Pero La extraña pareja estaba centrada en seguir descubriendo los misterios el uno del otro, sin importarse por lo demás. Para ellos dos bastó con un mes de trabajo juntos para formalizar su relación, no solo por amor, sino por la reciente noticia dada por la mujer, estaba embarazada y debía de tener una semana, tiempo cercano a su primer encuentro sexual.

—Fiodor, querido —dijo ella jalonando los cobertores de la cama para despertar a su esposo.

—¿Qué pasa, Teresa? —Con voz somnolienta— es más de media noche debo levantarme temprano al trabajo.

—¿No crees que necesitamos tener una casa mejor que esta en la que has vivido estos años? —Respondió Teresa y añadió— no es que esta esté mal, pero y ¿si fuera en un lugar más importante en la ciudad?

—Pero comprar una casa en ese lugar es demasiado costoso —Dijo reprochando mientras volteaba el cuerpo para mirar a su esposa—, nos costaría años guardar la suficiente plata para eso.

—Lo sé, pero... —Dudando para decir lo que pensaba.

—¿Pero…?

—Bien sabes que me quedé acá en Colombia por ti, porque te amo. Pero en New York vivía cómodamente y con bastante dinero. No es que no valore lo que tenemos, porque es lo que me ha dado razones para ser feliz —aclaró—, pero me parece que podría hacer una llamada a casa y pedir que me envíen la cantidad de dinero que necesitemos para construir nuestro nuevo hogar. Claro, si te parece bien.

—¿Dijiste construir?

—Sí, deberíamos comprar el terreno baldío donde nos conocimos y tú construirías nuestra propia casa, sería un excelente lugar para que nazca Rodrigo.

—Me parece buena idea, pero por ahora déjame dormir y pensar en ello, mañana hablaremos del nombre de nuestro hijo y lo de la casa. Hasta mañana —volvió a su posición inicial antes de ser despertado.

Dos meses después

—Hace un mes llegó el dinero que pediste y ahora, un mes después de eso, por fin nos dieron este hueco que tanto querías —Dijo Fiodor agarrando por las manos a Teresa—. Aún quedan bastantes escombros del fracaso de trabajo que nos hizo conocernos, querida.

—Aún tenemos mucho por hacer, cariño.

Un año y medio después

Al construir su nuevo hogar, Fiodor tuvo la brillante idea de hacer un edificio residencial, ellos vivirían en el más grande, el cual sería el último piso, el número 7. Para conseguir los materiales de construcción hubo que utilizar el poco dinero que aún tenía en manos Teresa y el —aún más poco— que él tenía guardado. Bien alcanzaba para construir todo el edificio el cual ellos iban a habitar y el mismo que les iba a dar ingresos con el dinero de la renta de los demás pisos, pero un pequeño error al hacer la fachada del piso 6 hizo que se perdiera una parte del material necesario e irreemplazable. Pero Fiodor era muy precavido porque sabía que algo como eso podía ocurrir, por ello había guardado los escombros recogidos de la vieja excavación, lo cual le dio un aspecto en piedra bastante medieval al edificio.

—Quedó perfecta —Dijo Fiodor juntos con sus compadres que lo ayudaron a construir el edificio.

—Ojalá tanto Fabián (nombre que escogieron para el niño), como nosotros tengamos una vida mejor desde aquí —Dijo Teresa mientras agarraba de la mano a su marido.

Desde allí en adelante la pareja se esforzaría por el futuro de Fabián, quien se encargaría del hostal en un futuro después de la muerte de sus padres. Pero el retorcido mundo de Fabián lo llevarían al oscuro andar de la mafia, esto lo llevó a vivir en inmensas mansiones y bañándose en la fortuna del mercado negro que le pertenecía.

Fabían abandonó el edificio en Colombia justo después de la gran ampliación de 13 pisos más, sobre la antigua estructura construida por su padre. Ahora este edificio se encuentra frente a otro de prensa en papel y un pequeño banco, además de estar rodeado por una gran cantidad de comercio citadino tercermundista.

Actualidad

—Marta, voy a volver al platanal de Colombia, al parecer un robo al banco de enfrente tuvo explosivos y destruyó la fachada del primer hotel, además me llaman porque hubo un tipo, un inútil que quedó bajo los escombros. Vuelvo en dos días. cancela todas mis reuniones de hoy.

—Sí señor —Respondió educadamente a su jefe mientras él colgaba el teléfono.

En ese momento Fabián partió en busca de un hombre que se iba a encargar del nuevo destino de esa ciudad, no iba a ser el sucesor de este narco-hampón, sino alguien capaz de escribir una nueva historia.

4

El encuentro Inesperado

«Señor, le hemos realizado las pruebas pertinentes, pero, como le dijimos apenas despertó y no hemos hallado ningún problema grave, solamente los moretones superficiales que tiene por todo el cuerpo». Eran las últimas palabras que le decía la enfermera del hospital mientras le tendía su mano, entregándole los documentos necesarios para autorizar su salida. Mientras Roderick firmaba el papeleo, la enfermera le preguntó algo que lo hundió en el pasado, en los más terribles recuerdos de su vida. Recordaba esa frase, como si una de esas rocas que no pudo matarlo cayera repetidas veces sobre su pecho llevándolo a sentir la soledad que tan seguido lo acompañaba.

—Señor Brambilla, ¿usted no tiene algún familiar que venga por usted? —Preguntó la enfermera.

—Eeeeh... —Dudando y con un tono melancólico—, no, señora, no tengo a nadie.

—Lo siento, señor —Lo miraba con lastima mientras miraba el reloj de su muñeca, quizás para disimular el momento incomodo o por tener otros deberes—. Pero necesitamos que venga algún acompañante para recogerle, ya que el hospital no permite su salida si alguien no se responsabiliza por lo que le suceda al salir —Con un tono de autoridad y profesionalismo mientras hacía un ademan con sus manos, como despidiéndose. Luego de esto salió de la habitación.

Durante el largo tiempo que llevaba Roderick viviendo en Bogotá, no había logrado entablar muchas amistades, pero en este momento necesitaba de alguna de las tres personas que conocía. «Llamaré a Mateo», pensó mientras agarraba el teléfono fijo en la mesa al lado de la cama, antes de agarrar la bocina se detuvo, a causa de la sensación de interrumpir a Mateo, su mejor amigo e irritante compañero de la oficina, ya que él debería tener bastante trabajo a causa de lo sucedido. «Quizás a Dania, pero...», dudaba de llamarle.

Mientras Roderick observaba el teléfono como pidiendo consejo divino a ese aparato, oyó pasos de zapato frente a su puerta, también alcanzaba a percibir voces del otro lado de la misma. «¿Quién sería?», se preguntaba Roderick, quizás un doctor viene a revisarme. Un estruendoso golpeteo, interrumpió sus pensamientos y le hizo retomar conciencia de que ya estaba apareciendo el desconocido por aquella reducida puerta de madera.

—Buen día —Dijo el hombre caminando frente a la cama en la que Roderick se encontraba sentado.

Al llegar a la parte frontal, donde se encontraba la tablilla con la información del paciente, el sujeto la miró con notable curiosidad «Señor Brambilla, un gusto conocerle» —Dijo mientras observaba la precaria habitación en la que se encontraba.

—¿Quién es usted? —Preguntó Roderick un poco alterado por aquella extraña presencia.

—Disculpe mi mala educación, me perdí en los asquerosos detalles de este lugar. Mi nombre es Fabián Bone, soy el dueño del edificio que le cayó encima hace tres días...

—¿Hace cuánto? —Interrumpió Roderick desconcertado hundiéndose en sus pensamientos—, creí que había sido hace tan solo unas cuantas horas. Pero discúlpeme, continúe con lo que estaba diciendo, Don Fabián.

—Mire, señor, solamente vine a decirle que nosotros no nos haremos cargo por ningún daño ocurrido, el hecho no ha sido culpa nuestra. es un edificio construido hace casi 30 años. Por lo tanto, no espere que le indemnicemos daños ocurridos durante el accidente, porque es precisamente eso, un accidente, y si buscamos culpables, sería usted mismo, por encontrarse en el lugar equivocado en ese momento —Dijo con bastante insolencia—. Sin más que decir, me retiro, tengo compromisos más importantes. Hasta luego.

En eso se retiró Fabián, dejando atónito a Roderick por tal cinismo con el que ese hombre hablaba. Sintiendo su sangre hervir, empezó a tener severas punzadas en su sien. Quizá a causa de la alteración tan repentina. El dolor era tan fuerte que amenazaba con causarle un derrame cerebral o una convulsión. Ya se encontraba desvaído y con los sentidos parcialmente perdidos, cuando por la misma puerta que hace un rato vio con la salida de ese molesto tipo, entraba una enfermera avisándole que alguien ya había venido a llevarle a casa.